LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 408

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el presente número, repartimos á nuestros suscritores á la *Biblioteca Universal* la prometida oleografía

LA RENDICION DE GRANADA

copia de la famosa obra del insigne pintor español Francisco Pradilla y uno de los más celebrados lienzos del arte contemporáneo.

Si alguno de los señores suscritores dejara de recibir este regalo con el expresado número, puede reclamarlo al señor corresponsal encargado del servicio de suscriciones de esta casa editorial, quien cuidará de la entrega de los mismos.

Se previene que para mayor comodidad se han fabricado

ricos á la vez que económicos marcos, todos de una sola pieza, á propósito para encuadrar tan notable lámina

que nuestros favorecedores pueden ver expuestos en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, á quien pueden dirigirse los correspondientes pedidos.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

HOSPITAL-ASILO ESPAÑOL DE MONTEVIDEO

PROYECTO DEL ARQUITECTO PABLO SANTÍAS

El terreno propiedad del Hospital-Asilo Español está situado en uno de los puntos más elevados de la novísima ciudad de Montevideo, rodeado por cuatro calles; linda por el Norte con la calle del Ceibal, por el Sud con la calle de la Figurita, por el Este con la calle de Rocha y por el Oeste con la calle de Pando; su superficie es de 5652,90 metros.

El edificio constará de sótano, planta baja y planta alta con sus correspondientes galerías, patios y jardines.

Los sótanos tendrán una superficie de 906 metros, la planta baja 2250 metros y la planta alta 1609 metros; los patios y jardines abarcarán una extensión superficial de 3402,90 metros.

En la disposición del edificio, después de haber tenido en cuenta la buena situación y comodidad de las salas para los enfermos pobres, piezas independientes para pensionistas, enfermerías para mujeres, cuerpos de asilo para hombres y mujeres, piezas de aislamiento y dependencias destinadas para alojamiento de los empleados, se ha procurado situar en los puntos más convenientes la administración, piezas para médicos y practicantes, sala de operaciones, depósitos de ropa limpia, un vasto establecimiento de baños, botica y laboratorio, sala para labor y plancha, una espaciosa cocina, bodega, despensas, depósitos para útiles necesarios á todo establecimiento de esta clase, panadería, depósito aislado de ropa sucia, desinfectores, lavadero y depósito de cadáveres, pabellones para porteros y jardinero.

En el Hospital Asilo Español podrán albergarse 36 pensionistas enfermos, 104 enfermos pobres y alojarse cómodamente en los dos cuerpos del Asilo 40 pobres. Se ha tenido especial cuidado en dotar al establecimiento de lavaderos, desinfectores, incinerador, estufas, ventiladores, buen sistema de inodoros, un completo y bien dispuesto servicio de aguas y alumbrado.

La buena disposición de los patios, jardines y fuentes con juegos de agua, contribuirá al recreo y expansión de los convalecientes.

De los tres planos presentados, el que obtuvo la aprobación unánime de la Junta Directiva fué el proyecto que hemos descrito, cuyo autor es el arquitecto D. Pablo Santías.

El primero de enero, con el ceremonial acostumbrado, se colocó la primera piedra y el dos de mayo dieron principio los trabajos de construcción.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de C. Stuchlik

Por más de un concepto nos parece notable la obra de Stuchlik: el correcto y precioso perfil de esa cara demuestra cuán identificado está el que la pintó con las líneas y contornos que mejor reproducen la noción de lo bello; la distinción y elegancia del busto todo prueban que el autor está familiarizado con cuanto se relaciona con el *chic* y con el buen gusto.

No menos primoroso que el cuadro mismo es el grabado que lo reproduce, en el cual las medias tintas y los tonos vagos y esfumados contribuyen á idealizar un tipo que ya de sí puede estimarse como modelo de delicadeza.

EL PRETENDIENTE RECHAZADO,
cuadro de J. Margitay

Aunque la boda gustaba á los padres de la pretendida porque el pretendiente era un partido más que regular, y aunque entre las dos



HOSPITAL-ASILO ESPAÑOL DE MONTEVIDEO, costeado por la colonia española

Proyecto del arquitecto Pablo Santías

familias se consideraba la cosa como asunto concluído, creyóse conveniente para cumplir con todas las formalidades de costumbre, consultar la voluntad de la presunta novia con la cual hasta entonces no se había contado. Convínose al efecto que el aspirante á marido acompañado de su padre formularía con toda ceremonia su petición en presencia de la interesada y que ésta sería la que otorgaría el solemne sí que de antemano se tenía por más que seguro. Y sin embargo, llegó el momento decisivo, expuso el padre del postulante su demanda, acogiéronla con la natural satisfacción los padres de la otra parte interesada y cuando se esperaba la conformidad de ésta, el más rotundo *no* vino á desvanecer las esperanzas acariciadas y á echar por tierra todos los proyectos concebidos. Quiso el pretendiente rechazado exigir una explicación del agravio recibido y la joven se la dió en las siguientes palabras: «Sabíais que no os amaba y á pesar de esto habéis insistido en pedir mi mano. Pues que podíais evitarlo culpaos á vos mismo del desaire que, en vuestro sentir, os doy con mi negativa.»

¿Quién sería capaz de pintar la escena que se produjo pasado el primer momento de sorpresa y de turbación? Ibamos á decir que nadie, pero el precioso cuadro de Margitay nos desmentiría. Si nosotros describiéramos lo que el autor del cuadro pinta, nuestras frases resultarían deficientes y difícilmente podríamos dar al lector idea del conjunto de la escena, de la actitud de los grupos, de la expresión de cada personaje. En la pintura de Margitay encontramos todo esto y basta mirarla para comprender lo que sienten todas y cada una de las figuras que en ella entran, y á buen seguro que así como adivinamos los pensamientos que por cada mente cruzan, acertaríamos también con facilidad las palabras que de cada boca se escapan.

El pincel, fuerza es confesarlo, deja en este punto muy atrás á la pluma, sobre todo cuando este pincel obedece á un talento y á una inspiración como los del famoso autor de *El pretendiente rechazado.*

UN VETERANO DEL TRABAJO,

dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní

Bien ganado tiene el título de veterano el viejo carpintero del hermoso dibujo de Fabrés. Ni el peso de los años, ni las fatigas de los rudos trabajos de su oficio han podido amortiguar su laboriosidad: su cuerpo empieza á doblegarse, pero su espíritu conserva aún toda su energía; su encallecida mano tiembla al empuñar la azuela, mas no por eso descarga con menos seguridad los golpes; su vista se fatiga cuando se fija con insistencia en la pieza que trae entre manos ¿qué importa? el instinto, el hábito y la voluntad le permiten todavía vanagloriarse con razón de la pulcritud de sus obras y mirar con cierto aire de compasión á más de cuatro jóvenes colegas. Y aunque los años de servicio le dan derecho al descanso, nadie consigue arrancarle del banco que tantas veces regó con su sudor y del cual no se separará mientras conserve un resto de fuerza. Trabajando ha sido dichoso toda su vida; ¿á qué, pues, exponerse á sentir en la ociosidad la nostalgia del trabajo?

La figura en cuyo simpático y expresivo rostro hemos creído ver reflejado cuanto decimos, está colocada con notable naturalidad y dibujada con la espontaneidad y corrección que tan acostumbrados estamos á admirar en las obras que llevan la firma de nuestro insigne paisano.

ARQUITECTURA Y ESCULTURA

DEFICIENCIAS EN SU ENSEÑANZA OFICIAL

Ha comenzado para nuestra España un período crítico de renovación artística, en que es menester resolver con prontitud y energía si los monumentos arquitectónicos de las pasadas edades que sufren deterioros y amenazan ruina, han de ser restaurados con arreglo al estilo en que fueron erigidos, ó si, prescindiendo en absoluto de su antiguo carácter, las restauraciones que en ellos se hagan deberán llevar el sello de la edad que los ejecuta, aprovechando los medios, los recursos y las formas que el progreso científico del siglo impone al genio del artista.

En nuestra humilde opinión, las restauraciones deben hacerse como verdaderas y escrupulosas *reintegraciones;* para nosotros la restauración es una restitución del objeto artístico á su ser y estado primitivo. Comprendemos que las restauraciones entendidas de esta manera sean imposibles en la esfera política: la experiencia nos dice, en efecto, que aunque se habla de restauraciones monárquicas, semejantes restauraciones no fueron más ni menos que meras transacciones, porque el mundo marcha y las instituciones se modifican, y si las que dejaron de ser renacen, cuando esto sucede, ó se acomodan á las nuevas exigencias de los pueblos, ó, perseverando en la antigua forma, se hacen tiránicas, pierden su prestigio y vuelven á morir.

Pero en la esfera del arte no pasan las cosas de la misma manera: el arte no es constantemente progresivo, y el retroceso á las escuelas y estilos abandonados es á veces un verdadero adelanto. Entendámonos bien: hablamos del arte como concepción estética, no del arte como obra científica. Es innegable que un edificio gótico puede ser bello como forma y defectuoso como construcción, y ejemplo de esta verdad, harto elocuente por desgracia, es la insigne catedral de Sevilla, que tantas alarmas nos está causando y tan considerables gastos ocasiona á nuestro empobrecido tesoro nacional. Análogos defectos desde el punto de vista de la ciencia de construir, presentaba la bellísima catedral de León, superior á la hispalense como concepción artística; mas nadie pretenderá que sea hoy ningún arquitecto español capaz de idear un templo que supere en grandeza mística á la catedral de Sevilla y en elegancia estética á la catedral de León; y de consiguiente toda transacción entre lo antiguo y lo moderno al proyectar la restauración de estos inapreciables monumentos, sería conato bárbaro. Es, pues, indispensable, á nuestro juicio, respetar escrupulosamente la forma original y primitiva, y tener muy presente que como lo bello nunca envejece, cuando se trata de rehabilitarlo, hay que hacerlo restituyéndole por completo su verdadero carácter, su genuina fisonomía, las líneas que marcan la pureza de su raza, sin censurables contemporizaciones y acomodamientos, sólo propios de las épocas de eclecticismo en que parece aceptable todo, aun lo más contradictorio.

Aprovéchense en buen hora los adelantos científicos del siglo en la parte de mera construcción: la mecánica, la metalurgia, la química, proporcionan hoy al arquitecto preciosos recursos de que antiguamente no disponía, y con el bronce, el hierro galvanizado, la piedra artificial y otros materiales, auxiliado además con los progresos de la estática y de la dinámica, puede, economizando fuerzas, tiempo y dinero, erigir las moles que han de revestir formas artísticas dándoles una estabilidad y una magnitud á que no podían aspirar los antiguos constructores con su escasez de medios y su ciencia deficiente.

Resulta de aquí que cada uno de los dos agentes que concurren á la obra de la restauración de un monumento antiguo, tiene asignada su misión privativa: el constructor saca partido de cuantos recursos le ministra la ciencia para hacer su obra duradera, y el artista se inspira en las necesidades morales que la obra tiene que satisfacer, para hacerla bella. Claro es que el artista y el constructor son uno mismo, pero se dan casos en que el artista que imagina y traza el edificio no es quien lo construye; mas siempre la idea nace del sentimiento estético y del buen gusto del artista arquitecto.

Ahora bien, como en la arquitectura son con frecuencia los materiales que se emplean los que sugieren la forma, sucederá muchas veces en la práctica del arte moderno, que el artista constructor se sentirá estimulado por las leyes de la materia de que se sirve, á alterar las formas recibidas y respetadas como clásicas dentro de los diversos estilos típicos de las edades que han sido; pero de este estímulo debe defenderse el arquitecto restaurador, el cual, respetando escrupulosamente todas las formas y accidentes característicos del estilo en que el monumento fué construído, puede sin embargo utilizar los adelantos científicos en los trabajos de mera consolidación. En las obras de la Edad-media no se empleaba casi nunca el hierro para las trabazones interiores de las masas, pero ¿qué inconveniente hay en usarlo ahora cuando su empleo no haya de aparecer al exterior? Como este ejemplo pudiéramos aducir otros.

Si se admite, pues, que en toda obra de restauración debe respetarse hasta con nimiedad el gusto, estilo y carácter de la edificación primitiva, saltará desde luego á la vista la necesidad absoluta de crear escuelas donde se formen arquitectos y escultores especiales capaces de restaurar concienzudamente nuestros monumentos de la Edad-media, tan amagados hoy de destrucción: conclusión que como fin principal nos hemos propuesto al trazar estas líneas.

Sabido es que en las construcciones románicas, góticas y platerescas, la escultura tiene casi tanta importancia como la arquitectura: es, pues, evidente que si no se estudian de una manera muy especial, y paralelamente digámoslo así, la arquitectura y la escultura de los siglos X al XVI, no hay que esperar que de los estudios de nuestros artistas, formados en los antiguos moldes clásicos, salgan los hábiles restauradores que nuestra maltratada riqueza monumental demanda con urgencia. Queremos suponer que en la Escuela de Arquitectura de Madrid se enseñen todos los géneros y todos los estilos conocidos desde el asirio y el egipcio hasta el seudo-clásico del Imperio; lo que no podemos conceder es que á la arquitectura de la Edad-media, á la española sobre todo, se consagre la preferencia debida, esto es, la que reclama la triste situación de algunos de nuestros más insignes monumentos románicos y ojivales; los que si España no se resigna á pasar por nación de vándalos, habrán de ser forzosamente atendidos por el Estado en cuanto la poderosa, la incontrastable exigencia de la opinión pública ilustrada se abra camino en las Academias, en la prensa y en las Cámaras. Años atrás organizábanse por cuenta del Estado utilísimas expediciones de alumnos aprovechados de dicha Escuela, que, dirigidos por celosos y entendidos profesores, recorrían nuestras provincias y estudiaban artística y científicamente los más notables monumentos nacionales. Existía además una comisión encargada de publicar los *monumentos arquitectónicos de España*, la cual llegó á dar á luz cerca de 300 soberbias láminas, estudios esmerados, concienzudos, notabilísimos la mayor parte, de nuestra mal conocida y menos apreciada riqueza arquitectónica. Pues esta interesante publicación, la primera de Europa en su género, según confesión de los arqueólogos extranjeros más ilustrados, y aquellas fructuosísimas expediciones, fueron suprimidas como gastos de puro lujo, al mismo tiempo que se dejaban subsistir escandalosos despilfarros, y el estudio de los bellísimos monumentos de la Edad-media española, tan original y tan característica, ha quedado abandonado á la curiosidad y al celo individual de unos pocos profesores y aficionados.

Y con la escultura acontece otra cosa peor. En las escuelas oficiales se desdeña todo lo que no se tiene por arte perfecto y maduro: se admira á Fidias, se celebra á Praxiteles, se copia tal vez á Miguel Angel, y aun se ponen como temas para los concursos y oposiciones motivos tomados del arte del renacimiento; pero ¿quién sería el profesor atrevido que mostrase á sus alumnos las estatuas bárbaras de Sta. María de Sangüesa, de S. Vicente de Ávila y de la catedral de Tarragona? ¡Nada de bizantino, nada de románico, nada de gótico! Imbúyase bien el aprendiz de escultor en las grandes máximas del clásico griego y romano: contemple uno y otro día la Venus de Milo, el Discóbolo, el Hércules Farnesio, el Apolo sauroctono; extasíese horas y horas ante las maravillas del arte antiguo y ante las creaciones de los escultores neo-paganos del siglo de León X; que si algún día la informe iconística cristiana de los templos que el Estado se ve precisado á restaurar, requiere reparaciones y obras complementarias, harto sabrán ejecutarlas los acreditados profesores de la Escuela que sostiene la nación y sus aventajados discípulos.

¡Qué error! ¡qué decepción! Nadie puede restaurar bien lo que no conoce, lo que no siente, lo que no comprende; y en apoyo de esta tesis podemos citar ejemplos de deplorables esculturas ejecutadas por profesores de grande y merecida celebridad, para hacer juego, en templos del XIV y del XV, con esculturas de las que llamamos *bárbaras*, debidas á ignorados cinceles. Estas, aunque de artistas sin nombre, llenan admirablemente su objeto, acompañan y realzan la decoración arquitectónica, dan al templo la augusta y majestuosa elocuencia de su simbolismo; y las de los célebres estatuarios modernos, nada dicen, nada significan en las hornacinas que como á disgusto ocupan y entre las molduras cuyas líneas rompen, y si de algo nos hablan es de la pobre vanidad del presuntuoso arte moderno.

No nos hagamos ilusiones: necesitamos restauradores para nuestra mutilada imaginería religiosa, y no los tenemos: la contemplación de los mármoles antiguos y de sus vaciados en yeso, no es aprendizaje adecuado para producirlos. Bueno es que los vaciados de las obras clásicas se estudien, porque todo lo que sea levantar y ennoblecer el sentimiento natural de lo bello, que nunca con más eficacia se despierta que ante esas inimitables creaciones, siempre es obra digna y civilizadora; pero el cultivo del arte escultórico en abstracto y en su más sublime concepto, no debe ser obstáculo para que el cultivo de la escultura cristiana en concreto y en su aplicación á la decoración iconística de los templos, obtenga del Estado la protección que ya de un modo apremiante reclaman tantos centenares de capiteles románicos destrozados, tantos tímpanos y pórticos ojivales destruídos.

Otro día trataremos de las escuelas y museos de iconística cristiana que creemos indispensable y urgente organizar en nuestro país.

Pedro de Madrazo

TAL PARA CUAL

POR DON FLORENCIO MORENO GODINO

I

Un día de mayo del año de gracia de 1715 pasó un extraño suceso en la calle del Sacramento, en Madrid.

Terminada la misa de las seis de la mañana en la iglesia del mismo nombre, salió de ella una señora seguida de dos criados con librea, porque ya había pasado el tiempo de las dueñas y de los rodrigones. Tendría unos veinticinco años de edad y era una arrogante moza en toda la extensión de la palabra.

Alta, llena pero esbelta al propio tiempo, andaba con un porte majestuoso que indicaba la alteza de su clase. Era de una blancura deslumbrante, de facciones finísimas y correctas, y tenía unos ojos *con mucho negro y con mucha luz*, como dicen en Andalucía.

Marchaba reposadamente seguida de sus criados, y los pocos transeuntes que pasaban quedábansela mirando, impuestos por su hermosura y por su altivo ademán.

Al llegar al comedio de la calle, un joven que venía en sentido contrario, púsose delante de ella y la dijo con acento extranjero:

– Señora marquesa de Orellana, yo soy el vizconde de Vandome y os amo.

La dama midió á aquel atrevido con ojos chispeantes de cólera y alzando el brazo derecho dejó caer la mano, dándole un sonoro bofetón, que resonó no obstante el ruido de un coche de colleras, que pasaba por allí en aquel crítico momento, y á cuya ventanilla se asomaron dos jóvenes caballeros, que habiendo presenciado el lance le celebraban con ruidosas carcajadas.

Quedóse el joven abofeteado inmóvil de sorpresa y de cólera, el coche se perdió de vista y la altanera dama prosiguió su camino sin volver atrás la vista, entrándose en un palacio que había en la próxima plaza del Cordón.

El que se había titulado vizconde de Vandome, no lo parecía ciertamente á juzgar por su apariencia. Llevaba un modesto traje sin bordado alguno, ninguna joya y su espadín de vaina de cuero era de los más sencillos: se asemejaba al hijo de un curial y sólo mirándole despacio podía observarse la gracia y distinción de su aspecto.

¿Por qué el vizconde de Vandome hallábase en Madrid y tan sencillamente ataviado? Vamos á saberlo.

El joven francés, que tenía veintitrés años de edad, era un calavera desenfrenado, de carácter tan irreflexivo y voluntarioso que le impulsaba á cometer los mayores excesos. Su verdadero título, por muerte de su padre, era el de marqués de Briancourt; pero llevaba el de vizconde de Vandome, por exigencias del gran general duque de Vandome, de quien era sobrino y heredero.

Estalló la guerra de sucesión, en la que el archiduque Carlos de Austria y el duque de Anjou, sobrino de Luis XIV, se disputaron el trono de Castilla; y en el momento preciso en que el ejército francés comenzaba á entrar en España, el vizconde de Vandome tuvo á bien encapricharse por una linda arlesiana, de paso en París, y la siguió locamente á su ciudad natal, desertando, así puede decirse, del regimiento del Delfín, en el que servía

como capitán. Entretúvose en Arles largo tiempo al lado de su amante, y sólo cuando se enfrió su pasión, comprendió la enorme falta que había cometido, y quiso á toda costa repararla.

«No hay más remedio que morir ó cubrirse de gloria», se dijo, y se entró en España sin presentarse en ningún cuerpo del ejército francés, en donde probablemente hubiera sido fusilado. Concibió un plan. El núcleo de la guerra estaba entonces hacia la provincia de Valencia y frontera de Portugal. El vizconde llegó á Madrid de incógnito, y allí esperó á que el mariscal de Francia Tessé, grande amigo que fué de su padre, se corriese hacia Castilla, dándole ocasión de incorporarse á su ejército.

En los seis ó siete días que el vizconde estuvo en Madrid, se exhibió lo menos posible, porque la Villa y Corte estaba bajo la dominación austriaca.

Una tarde el joven francés vió á la marquesa de Orellana asomada á un balcón de su palacio de la Plaza del Cordón, y concibió por ella una de sus frecuentes pasiones ó caprichos. Acechó ocasión oportuna de hablarla, porque no pudo ganar á ninguno de sus criados, y ya sabemos el fin que tuvieron sus amores, con el bofetón recibido en la calle del Sacramento.

Dos días después de este lance dejó el vizconde á Madrid, presentóse al mariscal de Tessé, no atreviéndose á hacerlo á su tío el duque de Vandome, y llegó á tiempo de tomar parte en la batalla y toma de Brihuega. Rindió Felipe V esta población, haciendo prisioneros á los que la defendían incluso el general Estanhope; el de los alemanes, general Estaremberg, marchó á su socorro, no persuadiéndose de que seis mil ingleses, bien atrincherados dentro de una población pequeña, pudiesen ser forzados en el corto espacio de un día, y á haberse reunido ambos cuerpos de ejército, era dudosa, tal vez fatal la suerte del español y francés.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Camilo Stuchlik

Avanzaba Estaremberg por la izquierda de Brihuega por un terreno muy quebrado; llegó cerca de un ancho y profundo barranco, sobre el que había un puente de madera, único sitio accesible al paso de la artillería; el rey comprendió el peligro y destacó algunos batallones con objeto de cortarle; pero ya era tarde, los imperiales habíanse apoderado de las alturas que había en la parte opuesta y desde allí hacían un vivísimo fuego.

Entonces el vizconde de Vandome hizo una hazaña digna de los tiempos heroicos.

Adelantóse solo, con dos teas encendidas, y sufriendo una lluvia de balas, puso fuego al puente.

Esto salvó al ejército español-francés: el rey, rendida Brihuega, tuvo tiempo de llegar y derrotar á los imperiales.

Puede decirse que esta acción decidió el éxito de la campaña. Casi todo el ejército alemán fué muerto ó prisionero, y con tres mil hombres, miserables reliquias de sus tropas, huyó Estaremberg precipitadamente camino de Zaragoza.

El rey D. Felipe supo el admirable comportamiento del vizconde de Vandome, pero no el nombre de éste, porque hasta rehabilitarse había adoptado uno supuesto.

– Mariscal, – dijo al de Tessé el monarca, – presentadme á ese valiente.

El vizconde presentóse en efecto y arrodillóse ante el rey diciendo:

– Señor, soy un desertor: fusíleme ó perdóneme V. M.

El rey perdonó al vizconde, é hizo que le perdonara su tío el duque de Vandome.

II

Desconfiando ya los aliados de restablecerse en España y no pudiendo arrancar de las sienes del victorioso monarca la corona tan tenazmente defendida, desalentáronse por completo. Muerto el emperador José I, sin dejar descendencia masculina, correspondía el trono de Austria á su hermano el archiduque, y este acontecimiento decidió á los aliados á poner fin á las hostilidades, por el temor de que se reuniesen en una misma cabeza las coronas que en otro tiempo había llevado el emperador Carlos V, que tanta preponderancia dieron á la casa de Austria. No obstante, el nuevo monarca alemán pretendió continuar la guerra, pero vencidos sus aliados por Francia en Flandes, con pérdida de las plazas de Bethune, Douay y Bouchain, pensó en la paz. Se conferenció en Utrecht, pero los alemanes no quisieron firmar por entonces el tratado que se concluyó después.

Se agarraban como á postrera esperanza á la sublevación de Cataluña contra Felipe V, no obstante haber tenido que evacuar á Barcelona.

Esta y toda Cataluña resistiéronse tenazmente contra las armas reales, después de haber declarado la guerra á España y Francia. Estas contestaron sitiando á la ciudad condal por mar y tierra, los socorros que los mallorquines trataban de introducir en la plaza fueron interceptados y ocupáronse las fortificaciones exteriores no obstante la vigorosa defensa de los sitiados.

Por fin rindióse Barcelona y luego Mallorca: en ambas partes esperábase un acto de justicia real; pero con gran sorpresa fueron perdonados por D. Felipe V, que supo adunar el valor á la generosidad, dando muestras de ser un magnánimo monarca.

Persuadidos de la injusticia con que habían combatido contra un soberano de tan eximias dotes, depusieron las armas sometiéndose á un príncipe que la experiencia les hizo conocer que merecía absoluta sumisión y fidelidad.

El vizconde de Vandome se portó bizarramente en el sitio de Barcelona y terminada la guerra entró en Madrid con el rey, el cual volvió á la capital de la monarquía el día 3 de diciembre de 1709, siendo recibido y aclamado con júbilo indescriptible.

En la Villa y en la Corte no cesaban los regocijos. El rey, que ya había concebido el proyecto de edificar el actual palacio, eligió por morada provisional el del Buen Retiro, que fué como una espléndida sucursal de la corte de Versalles.

Los bailes y conciertos se multiplicaban, las cacerías en el Pardo y Riofrío eran frecuentes, y el vizconde de Vandome se divertía grandemente en todas partes. La heroica acción llevada á cabo en la campaña habíale hecho adquirir una boga indisputable. Como era guapo, cortés, alegre y generoso, todo el mundo le quería, y es de suponer que no le faltarían aventuras amorosas.

El vizconde volvió á encontrar en los salones regios á la marquesa de Orellana que brillaba en el cielo cortesano como una estrella de primera magnitud, pero no volvió á ocuparse de ella. Nadie, al verle tan indiferente, hubiera podido sospechar el lance de la calle del Sacramento, lo cual, por otra parte, no era de extrañar en un hombre tan frívolo como el vizconde.

La altiva dama, á su vez, apenas se fijaba en éste, ni prestaba atención al coro de alabanzas del joven francés, que en todas partes se oía; pero á veces le miraba de un modo extraño y particular.

¿Por qué?

III

Una noche, el vizconde de Vandome, que había llegado algo tarde á palacio, encontró á la marquesa sentada en un canapé, en un salón intermedio entre *la sala de los refrescos* y la sala de juego.

Apenas le hubo visto, púsose en pie y se dirigió hacia el vizconde, que pasaba de largo, haciéndole una profunda reverencia.

– Señor vizconde, – dijo la dama, – ¿tenéis la bondad de oirme cuatro palabras?

– ¡Señora!

– Venid, hablaremos sentados mejor.

Ambos se sentaron en el canapé que antes había ocupado la marquesa.

Después de una breve pausa dijo ésta:

– Verdaderamente, señor vizconde, no sé cómo comenzar, pues lo que tengo que deciros es algo raro.

– Hay cosas que efectivamente parecen raras, pero en realidad ninguna lo es.

– Pues bien, señor vizconde, quisiera haceros una pregunta.

– Estoy á vuestras órdenes, señora.

– A propósito os hablo en vuestro idioma para que me entendáis con toda claridad.

– Es una amabilidad que tengo que agradeceros, porque todavía no estoy fuerte en el español.

– Señor vizconde, – repuso la marquesa, después de un momento de vacilación, – ¿os ha hablado alguien mal de mí?

– ¡Ah! señora, ¿por qué me preguntáis eso?

– Voy á decíroslo con mi franqueza aragonesa aunque corra el riesgo de que la interpretéis mal.

– No os comprendo.

– Señor vizconde, tenéis fama en la corte de ser no sólo muy galante, sino que también muy cortés.

– Señora, me congratulo de esa reputación.

– Se dice de vos, que aunque prefiráis á alguna ó á algunas, tratáis á todas las damas con perfecta cortesía.

– Es mi deber.

– Pues bien, señor vizconde, yo no soy ni de las más feas ni de las más tontas ni de las de peor alcurnia: ¿por qué en la igualdad y amenidad de vuestro trato, hacéis conmigo una excepción?

– ¡Señora!...

– No vayáis á negar una cosa que salta á la vista. Si no sabéis de mí nada que pueda rebajarme en vuestra consideración; aun cuando os sea antipática, deberíais ocultarlo.

El vizconde inclinó la cabeza en silencio.

– Espero que me contestéis, – dijo la marquesa.

– Bueno, señora, – repuso aquél, – casi me alegro de esta explicación; pues lo que más temo es pasar por descortés.

– Explicaos.

– Señora marquesa de Orellana, – prosiguió el vizconde mirándola fijamente, – ¿no me conocéis de antes de presentarme en la corte?

– No, ciertamente, – contestó la marquesa sorprendida.

– Puede ser y no tiene nada de extraño. La primera vez que me visteis iba casi disfrazado. Además los disgustos que se dan se olvidan fácilmente.

– ¿Os he dado yo alguno?

– Aquí, en esta mejilla, – y el vizconde señaló á la suya izquierda.

– ¿Yo?

– Recordad, señora.

La marquesa pensó un instante, y sin duda recordando el lance de la calle del Sacramento, exclamó:

– ¡Ah! ¿erais vos?

– Entonces os dije mi nombre.

– Lo olvidé pronto.

– Ya lo noto.

– No creí que un caballero pudiera desmandarse hasta tal punto.

– Señora, ignoro las costumbres españolas; pero las nuestras autorizan á un caballero para decir á una señora que la ama.

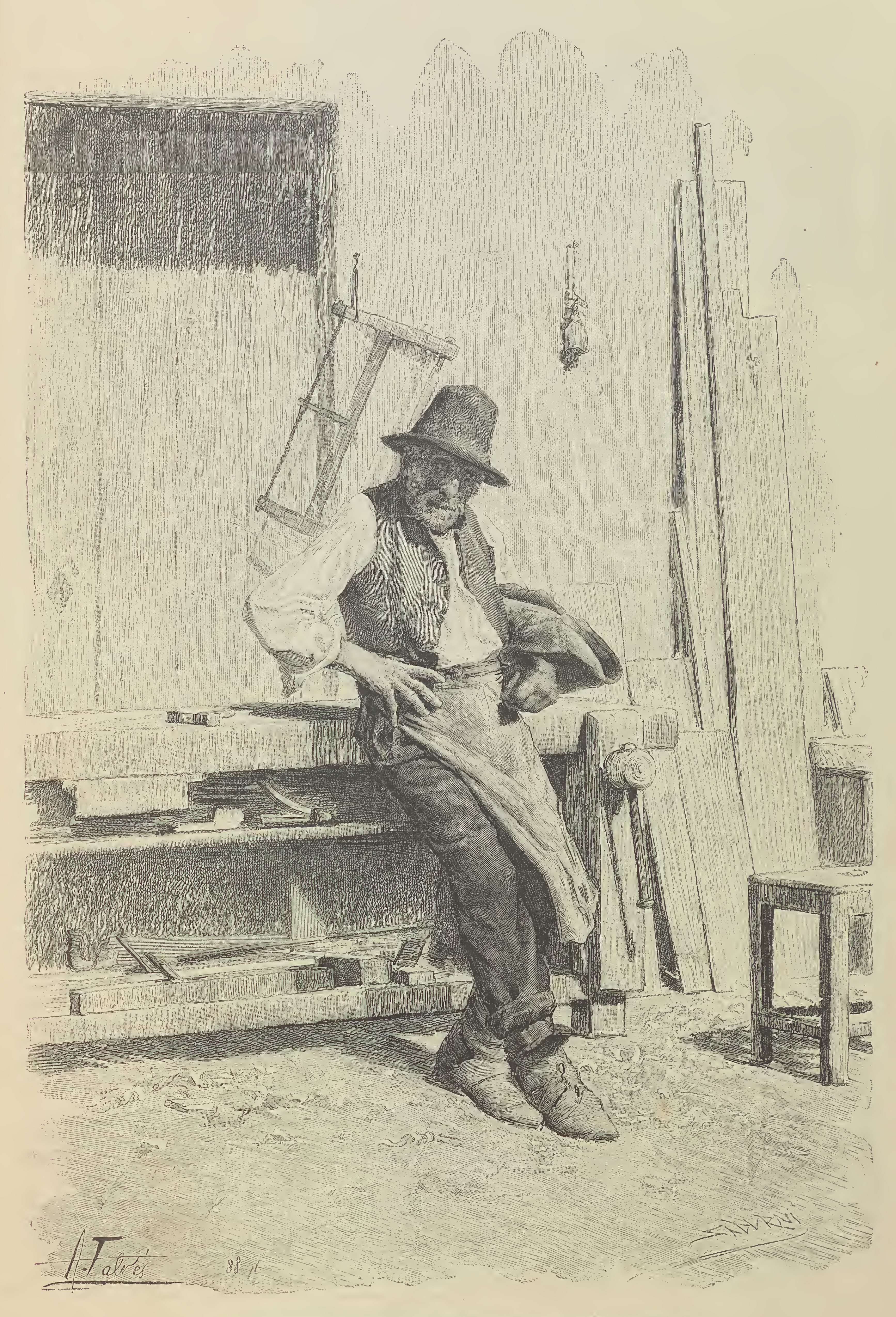
– Pero no en la calle como un menestral que se dirige á una fregona.

– Quizá tengáis razón, pero es lo cierto que me habéis abofeteado. Fuí tal vez frívolo y atrevido, pero lo he pagado sufriendo una afrenta y siendo objeto de burla.

(Continuará)



EL PRETENDIENTE RECHAZADO cuadro de J. Margitay



UN VETERANO DEL TRABAJO, dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní



LA RADA DE NUEVA YORK

DE PARIS Á NUEVA YORK

(Conclusión)

Es una mujer que ha de dar qué hacer al comisario, porque no ignoráis que este personaje tiene entre sus atribuciones la guarda de la moral. El es quien debe vigilar de cerca la influencia de la espuma de mar, que no ha suministrado la materia de las pipas *kummel*, como cree el vulgo, pero dió origen á Venus, que de esa espuma nació, lo cual es mucho más ardiente que el *kummel*. Y bien, Miss Betsy, ¿queréis bajar de la manga de ventilación? ¿Qué dirá la luna, cielo santo?

De los tres poderes que coexisten á bordo del barco el del jefe maquinista ó maquinista en jefe comprende más personal, unos ciento diez hombres, pero menos responsabilidad y menos aparato también que el poder superior y general del capitán, que manda directamente seis oficiales y cuarenta marineros.

El maquinista en jefe no frecuenta el comedor y vive aparte con su estado mayor. De él dependen los fogoneros, una sección de hombres desnudos, semejantes á cíclopes, encerrados en un negro antro y chorreando de sudor negro, sudor de tinta. La electricidad los alumbra de azul, pero á veces, cuando abren una de las puertas del fogón, un rojizo y diabólico reflejo envuelve su desnudez y los transforma en estudios de hematites, y también, por lo flacos, en siluetas de desollados vivos.

Este espantoso trabajo de Jonás hundidos perpetuamente en el caldeado vientre de la ballena, no cesa sino cuando los fogoneros se relevan; y entonces por una escalera que sube por encima del piso en que se encuentra el agua, corren estos hombres, cubiertos de polvo de carbón coagulado con el sudor, y se lanzan con violencia sendos cubos de agua, que humea sobre ellos y se eleva en vapor.

Más bien querría ser emigrante que fogonero: á pesar del horror que me inspira el entrepuente, semejante á un círculo del Dante, más dantesca es aun la visión de estos Vulcanos enharinados de negro, y asados como pavos, sin aire ni sol verdadero, mineros de la marina.

El comisario está encargado de la parte material: camarotes, instalaciones, provisiones, cocinas; es el administrador de un colegio flotante; pero, como ya he dicho, añade á esta función el cargo de censor y vigilante de la moral pública. Debe pensar que tal ó cual pasajero célibe, que sale de una sesión de fumadero demasiado larga, sale más audaz de lo que acaso conviene con el humo del habano y el espíritu del champaña, que son dos humos, en la cabeza, y podría invadir un camarote en que reposa una inocente cómica de la legua soñando que no es sino la misma Sara Bernhardt.

Pero el comisario está alerta; su vista de argos llega á todas partes, hasta á los *squares* ó jardines sin flores, que se improvisan con sillas y bancos sobre cubierta; sino que hay momentos en que este moralista dictatorial no está muy satisfecho de sus facultades visuales, y es cuando se llega á la región de las nieblas.

En efecto, un inmenso vapor húmedo, debido al encuentro de la corriente de agua fría y la corriente del agua caliente, llamado *gulf stream:* una bruma densa y opaca lo envuelve todo, haciendo muy peligrosa la marcha del barco. El capitán que en su puentecillo siente millones bajo sus pies, no abandona su puesto, en el que almuerza, come y pasa la noche. La sirena no cesa de lanzar su formidable y lúgubre mugido. Y velan también en la proa dos hombres encapuchados, que hunden la parda oscuridad con su aguda y penetrante mirada. Estos dos vigilantes, dispuestos siempre á dar la señal de alarma, tienen un aspecto fantástico allá en el extremo de la proa. ¿En qué piensan durante las largas horas de este cuarto nebuloso? Como Pedro Loti nos lo afirma ¿piensan en el Barco Fantasma de los holandeses? Taciturnos, miran y parecen soñar. Acércome á ellos, y me pongo por mi cuenta á poblar la bruma de creaciones amenazadoras ó halagüeñas.



UN TRAGALUZ

De pronto, uno de ellos, con una voz de sombra, fría, habla y dice:

– ¿Cuánto tiempo tienes tú que hacer aun?

Media hora larga pasa después de esta pregunta.

Después, no sin esfuerzo, abre el otro la boca á su vez y contesta:

– Yo tengo aún para dos años.

Tal es, en la niebla, la conversación de los dos hombres en la proa.

En el fumadero se está muy bien para beber y jugar. El mozo que duerme en el mismo fumadero, no desea más en su interior que los jugadores lo obliguen á permanecer de pie.

Se juega, en efecto, la moza, ó más propiamente el mozo, la mano ó jugada que se destina á su provecho; y añadiendo este á otros muchos gajes y utilidades, gana más que todos los de á bordo, y á buen seguro podrá retirarse muy pronto para establecerse de traficante de vinos en Belleville ó en otra parte haciéndole competencia ventajosa al laboratorio municipal.

Ahora se juega frenéticamente al *juego del piloto*, que consiste en apostar si el piloto será rubio ó moreno, picado de viruelas, aguileño, etc. Se apuesta igualmente sobre qué costado abordará al paquebot, representando estas apuestas cantidades considerables.

Los pilotos americanos á bordo de un gran buque propio, van muy lejos por la mar, cien leguas y aun más, á espiar los demás barcos. En cuanto avistan uno, echan al agua un bote, y el designado por la suerte va á atracar. Se le echa un cable, cuélgase de él y trepa como mejor puede hasta la escala. Se le apresa, no sólo para hacer constar si nos ha hecho ó no ganar la apuesta, sino también por tener noticias de Europa. Pero ¡oh decepción! sólo ofrece las noticias que ya se han leído y releído en los periódicos; porque los pilotos también están mucho tiempo hace en la mar y no ponen á nuestro servicio sino telegramas atrasados.

Pero el piloto, aun á cien leguas de distancia, indica con su presencia que va á terminar el viaje. Hay un obispo, sobre todo, que parece estar ya de agua hasta las cejas.

Descúbrese ya en el horizonte el enorme faro de la *Libertad alumbrando el mundo*, cuya cúspide sube poco á poco sobre las aguas. *¡Evviva la libertà!* cantan los emigrantes italianos.

Y nosotros también.



UN DIPUTADO EN EL PARLAMENTO

IV

¡Hela aquí ya! ¡Nueva York!... Es Nueva York en su isla, entre su *Hudson* por un lado y su *East-River* por otro... ¡Esto va bien! Hemos echado el ancla... He aquí la visita de sanidad. Se ausculta y se palpa á los emigrantes... ¡Bien! tenemos muchas ganas de ver, en fin, rodar un carruaje; sí, este espectáculo nos atrae: un verdadero carruaje rodando tranquilamente sin sacudidas ni mareo... ¡qué bello sueño!

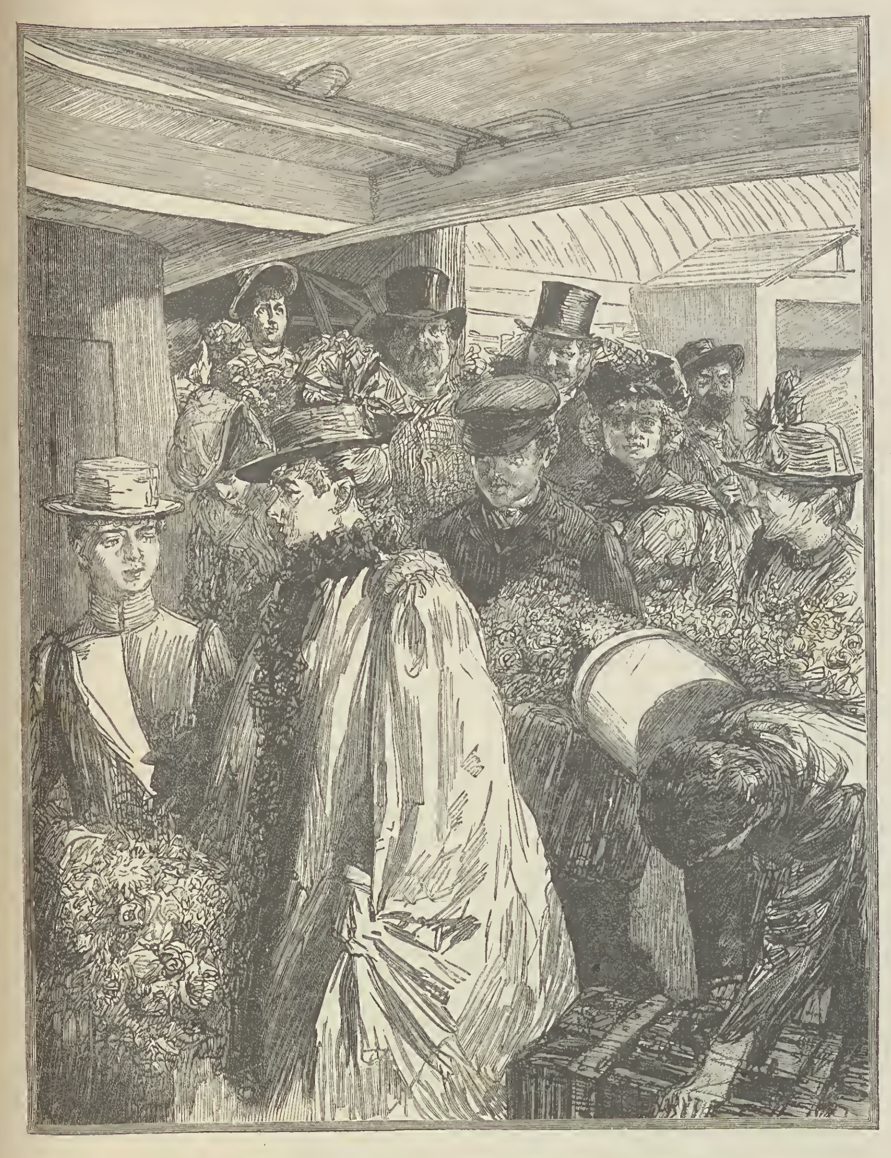
Contemplamos el panorama. ¡Magnífico! ¡Soberbio! Casas, muchas casas que humean, tres ciudades separadas por el *Hudson* y el *East-River*, y un puente asombroso, el puente de Brooklin... Ya habréis leído esto en alguna parte, si no me engaño. Me contento pues con gritar: ¡Panorama! ¡Panorama! (aire conocido)...

Se levan anclas y avanzamos en la rada, y en el Hudson, en medio de un espantoso ruido de sirenas en brama que mugen hasta más no poder: por fortuna, estamos nosotros mitridatados. Pero veamos, veamos, ¿cuándo podremos contemplar el inefable espectáculo de un fiacre rodando por terreno sólido?

He aquí ahora la aduana... un poco abrumadora la tal aduana. Pero, á dicha, no tenemos que pagar el 33 % impuesto á las obras de arte: nuestras obras de arte están encerradas en nuestro cráneo, ¿no es verdad, Renouard? y la aduana más *yankee* no se ha atrevido aún á trepanar á los artistas para cobrar los derechos de los cuadros que imaginan.

Por fin veo rodar *cars*, muchos *cars*. Desde la Batería que está abajo hasta el *Central-Park*, que está en lo alto de la ciudad, veo gran número de ellos, y también tramways, y también el *elevated rail-road*, el ferro-carril metropolitano de allá abajo, que se desliza sobre aquellos mástiles y va á tomar el Central-Park entre los extremos de sus dos tenazas de cangrejo gigantesco. Y también, tengo el asombro prodigioso y trivial de ese aislamiento que se sufre en medio de gentes cuya lengua se desconoce.

No es esto decir que no sepa yo todo el inglés necesario para hacerse comprender en París, ciudad inglesa: yo digo: *turf, handicap, steeple-chase*, y también *rumps-teak, beefsteak, cock-tail, pale ale, half and half*, y hasta *water-closet*, como conviene; pero cuando los demás pronuncian palabras exclusivamente inglesas, sin mezclar nada del francés que hablaban nuestros padres, me quedo confun-



POR TODAS PARTES CESTAS DE FLORES QUE SE DEPOSITAN EN EL PAQUEBOT

dido y mudo y casi sordo, sin comprender nada de lo que dicen. Por fortuna, hay en la fonda boys de cara avispada que sirven de intérpretes. Esta fonda de mucho lujo que se parece al lujo del *Printemps* ó de la *Place Clichy*, tiene mucho y alegre movimiento. Por los largos corredores, en los gabinetes y salones, en todas partes persiguen las *house maids* los más pequeños granos de polvo, y muy gentiles de sus personas, no parece sino que persiguen mariposas.

Aquí, por de contado, ascensores, telégrafo, teléfono, tabaquería, de todo hay á mano; pero además, hay un banquero, un librero, un escritor público y hasta un notario... sí, un notario también. ¿Y para qué? ¡Pardiez! Los habitantes del país viven tan bien en la fonda como los extranjeros de paso, y puede alguno tener la idea de morirse en la fonda, lo cual no podría hacer sin entenderse previamente con el notario para sus disposiciones testamentarias.

Abajo están los comedores: se puede fumar en el uno, pero en el otro, reservado á las *ladies*, está prohibida la entrada á los fumadores. El *bar: cock-tail, sherry-cobbler, wisky, gin and ginger-ale*, y aun *corn-beef* para merendar de pie.

¿Cómo encerrar en diez líneas á Nueva York? Probemos. *¡Broad way!* plateros, grandes almacenes, lindas *ladies and misses*, que se detienen en las pastelerías y gustan de pasteles pesados como el plomo. Broadway, principal arteria, análoga á nuestros grandes bulevares, que termina como estos en los laboriosos arrabales de la ciudad baja: bolsa y negocios. Nuestros bulevares, pero con muestras, de que no puede dar sino una débil idea la del *Old-England;* allá, una asombrosa confusión de cromolitografía, un arco-iris en embriaguez, una juglería de tonos chillones que dejan sordos los ojos, y en el suelo, después de una buena lluvia un barro negro y viscoso que me recuerda los peores días de la calle *Galande*.

Pasemos, pasemos pronto... ¡más pronto!

Renouard, semejante al rey de los Aulnes, me arrastra hacia el campo... Corro pues... *¡Hop! ¡hop!...* Estamos en Wáshington, después de un viaje de cinco horas en un cómodo wagón, donde hemos girado en nuestras butacas giratorias para ver el paisaje.

¿Por qué á Wáshington? Porque es la capital, el Versalles que posee siempre si no un Rey-sol á lo menos un presidente de la república, y también cámaras con diputados y senadores más ó menos parlamentarios. Renouard sorprende á uno en una actitud bien cómoda; y yo veo á muchos que se entretienen cortando un palo con sus cortaplumas. Esto es esencialmente nacional: poseer un cortaplumas y servirse de él para estropear los bancos, las mesas, las entabladuras delicadas y hasta las molduras más artísticas, es el signo de la actividad *yankee*, así como comer perpetuamente manzanas es la marca del estómago americano.

Los diputados, después de un *shake-hand*, se sientan. Un orador habla con una volubilidad extraña. ¿Estará?... Sin embargo, en la cantina de esta cámara no se sirven bebidas alcohólicas. Entonces, antes de entrar... Probablemente. En fin, es una manera como otra cualquiera de soltar la lengua y no hablemos más de ello.

La Casa Blanca, habitación de M. Cleveland en aquella época y donde vive ahora con toda sencillez M. Harrison, es toda blanca. Esto me ha sorprendido: tan falaces creo las promesas políticas. Y bien, aquí reina seguramente la sinceridad: la Casa Blanca es verdaderamente blanca, bien que en ella sean acogidos fraternalmente los negros: se les ruega buenamente que no se destiñan.

¡Pronto!... ¡pronto!... ¡más pronto!...

Volvemos á Nueva-York. Sin demora, una excursión á Brooklin por el famoso puente de ochenta metros de altura, pero que desciende á una categoría secundaria entre las maravillas de hierro, después de la audaz torre Eiffel... Brooklin, país de iglesias, país de cementerios. Excursión á *Central-Park*, ese bosque de Boloña de Nueva York.

Volvemos á Broadway, merendamos, bebemos, tomamos un carruaje á un dollar por hora; volvemos á comer y á fumar y... ¡pronto! ¡pronto!... ¡Diablos! es demasiado para un poeta. Y medito estas palabras del *yankee* Mark Twain, en *The Innocents abroad:*

«Aquí, dice, nos agitamos sin cesar, y acabada la tarea cuotidiana, no sabemos, como los europeos, que se toman un helado oyendo buena música, pasar una velada agradable, preludio de una buena noche. Nuestros cuidados é inquietudes nos siguen á la cama. Allí calculamos nuestras pérdidas, computamos nuestros beneficios; nos quebramos la cabeza, y nos sentimos viejos á la edad en que el europeo apenas alcanza la madurez. Ni reposo ni tregua; exigimos más de nosotros mismos que de un campo que reposa el invierno después de haber rendido la cosecha del verano; nosotros nos fatigamos sin piedad. Y sin embargo, ¡qué vigoroso pueblo! ¡qué nación de pensadores seríamos, si supiéramos concedernos algunos ocios para recobrar aliento!»

Sí, sí; recobremos aliento.

Es de noche. A bordo de un *yacht* que se balancea en la rada, dirijo una última mirada á la ciudad empavesada de luces, al puente de Brooklin, semejante á una avenida de iluminaciones suspendidas. Voy á recogerme y á dormir por la última vez en la *Fonda Confortable*, después del *sherry cobbler* final.

Partida. Todo son flores y más flores, flores brillantes á manojos, á gavillas. Por donde quiera, canastillos de flores adornados de cintas, que llevan los criados al paquebot transatlántico, la *Bretaña*.

Una multitud en el muelle, una multitud que da gritos guturales de una alegría feroz. Es un delirio de perfumes y de ruidos. ¡Qué diferente esta partida de Nueva York de la salida del Havre! Recuerdo aquella triste mañana en que abandonamos á Francia. Se acababa de embarcar el carbón y todavía se estaba lavando el barco; escasos curiosos taciturnos divagaban por el muelle esperando el cañonazo del *exeat*. Parecía que aquellas gentes de Europa nos compadecían porque las abandonábamos.

Pero allá, en Nueva York, la alegría de los pasajeros era febril, no menos que la de la multitud que los aclamaba entre flores y más flores. Se conocía cuánto celebraban los americanos venir á Francia, y entre los que se quedaban, muchos aclamaban con más fuerza, pensando que ellos también muy pronto, dentro de seis semanas, ó seis meses, ó un año, gracias á la inteligente dirección dada á su fábrica, á su banca, á su comercio, ellos también se embarcarían á bordo del paquebot en medio de una apoteosis de flores y de estridentes aclamaciones.

Y los ramos de rosas rojas, blancas, amarillas, las magnolias, las daturas de cálices enormes, se mezclan con las resedas, con los heliótropos y todos los jazmines de la flora de la Florida sobre cubierta, en las cámaras, en los salones, tapando los tragaluces y rodando por las escaleras. Notada al paso, en una enorme canasta adornada de cintas, la divisa de Miss H...: hela aquí en su inocencia. «¡Oh!»

Y partimos. Un cañonazo, un mugido de sirena... hemos partido. Bajo el montón de flores no he visto á los pobres emigrantes.

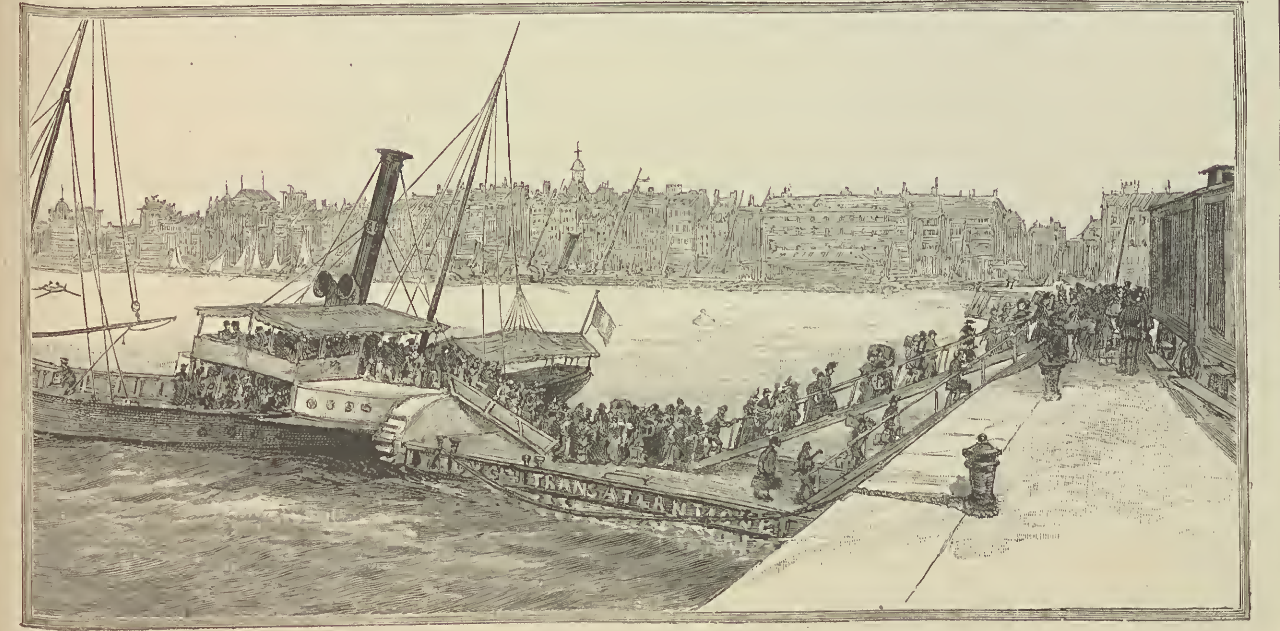
Hay, sin embargo, emigrantes para Europa, poco numerosos, á decir verdad. Entre ellos, una especie de *gentleman* averiado: el sombrero redondo, de buena forma, pero abollado, un vestón en otro tiempo elegante, buen aire... algún sobrino de América que viene á encontrar un tío en Europa.

Se vuelve á hablar francés. Una lady es interrogada por un pasajero: ¿Habla V. francés? Y ella le contesta en inglés: No he probado nunca.

Otra anécdota. «Entrando un capitán en un puerto de América, gritó al marinero que tiraba del cable: *¡Let go ton amarre ou je te la coupe!* – ¡Pardiez! exclamó un asistente, ¡qué bien habla V. el inglés, capitán! – Es preciso, repuso el capitán sin tropezar, es preciso hablarles en su lengua á estos hombres porque no saben el francés.

Hace buen tiempo y se come sobre cubierta. Se hace el amor también. El comisario encargado de la moral me parece menos severo en cuanto á las exactas delimitaciones del simple requiebro y su exageración. Hay también un concierto y el comisario es quien toca el piano con elegancia y talento. ¡Bravo!

Los conocimientos se hacen pronto. Un caballero encantador trinca en el fumadero con otros señores, mientras un gentleman, muy frío, permanece silencioso y poseído de *spleen* en un rincón. Los señores salen y el caballero encantador los conduce á un camarote, y les ofrece licores finos y habanos que exhalan un aroma delicioso. De pronto, el gentleman frío avanza y dice: «Aquí, José, basta.» Y se lleva al caballero encantador que no es sino su criado. Ironía de un mistificador melancólico y estra-



LLEGADA AL HAVRE



DESEMBARCO DE UN FOGONERO ENFERMO

gado: hacer pasar á su ayuda de cámara por un gran señor.

Durante el viaje bajo al antro negro y polvoroso que se llama pañol del carbón ó carbonera. El hombre que vive en esta sombría Tebaida es á menudo un San Antonio huido de las vanidades del mundo. A veces es un notario desgraciado ó un cura no más feliz, hombres que quieren sustraer al sarcasmo de la tierra su decadencia irremediable. Yo mismo pudiera citar á uno de estos carboneros de los Transatlánticos, el cual fué en París un banquero brillante, y cuando bajo el bulevar Malesherbes, veo el palacio que ofreció en otro tiempo á una dama galante. Ahora está en el negro pañol.

Un buen tipo. Un americano adornado de una cartera en que están anotadas sus impresiones. Ha visto ya á París, ¡oh! ha visto mucho á París. Nos refiere lo que ha comido en casa de Ledoyen: salmón en salsa verde, chateaubriand con patatas, etc.; en casa de Marguesie, un cangrejo mayonés, vaca modo frío, etc.; en casa de X. esto; en casa de Z. lo otro: es una nomenclatura culinaria. No se detiene aquí: ha visto en París muchas otras casas que no son de comidas, y nos exhibe las fotografías de Camelia, de Florina, de Malvina, y se asombra de que nosotros, parisienses de nacimiento, no conozcamos á ninguna de las nombradas. Entonces se enternece y saca la última fotografía de mujer: «He aquí mi futura, dice, con la cual voy á reunirme en Suiza, donde nos casaremos.» Todo esto en la misma cartera.

Vuelta alegre. Llegamos al Havre. Bajamos al remolcador adonde nos precede un pobre fogonero enfermo. Tocamos, en fin, el suelo natal y las flores de América están marchitas. Volveremos cualquier día á coger otras, á las cuales consagraremos acaso notas menos ligeras.

Hasta la vista, Renouard.

EMILIO GOUDEAU

NOTICIAS VARIAS

LA CAZA DEL ELEFANTE EN EL CONGO. – Con fecha de 25 de julio último ha decretado el rey de Bélgica que, en interés de la conservación de la raza de los elefantes y de la subsistencia de los derechos del Estado independiente del Congo sobre los elefantes capturados ó muertos en sus dominios, queda prohibida la caza del elefante en todo el Estado á todos los que para ello no obtengan un permiso especial, siendo los contraventores castigados con una multa de 25 á 500 francos y con una servidumbre penal de un mes á dos años, ó con una sola de estas penas según los casos.

—

LA ESCLAVITUD EN AFRICA. – Italia é Inglaterra acaban de firmar en Londres un tratado para la represión de la trata de esclavos, que en lo sucesivo será considerada como acto de piratería y apresados y llevados ante tribunales especiales los buques que á ese tráfico se dediquen. Los puertos á donde serán conducidos los barcos negreros son, por parte de Inglaterra, Sierra Leona, Suakim, Aden y Zanzíbar. Las dos partes contratantes se conceden recíprocamente el derecho de visita.

Desde el momento en que el litoral mediterráneo queda excluído del convenio, la trata de esclavos podrá hacerse en él en condiciones bastante favorables!

–Un decreto del Sultán de Zanzíbar concede á la Gran Bretaña y á la Alemania el derecho de visitar todos los *dhows* (chalupas) y buques de sus súbditos, y declara, además, que todas las personas que entrarán en el territorio del Sultán, á partir de 1.º de noviembre próximo, serán libres.

—

HAITÍ Y LOS ESTADOS UNIDOS. – *El muelle de San Nicolás.* – Según una correspondencia fechada en 6 de setiembre último en Nueva York que inserta el *Journal des Débats*, si el presidente Legitime ha sucumbido, ha sido únicamente por la hostilidad de los americanos á quienes se había convencido de que este general estaba protegido por Francia. Los Estados Unidos temían la cesión á Francia de una parte del territorio haitiano y algunas casas alemanas de Nueva York expedían periódicamente armas y municiones al jefe de la insurrección nortista, Hippolyte, á despecho de las protestas de Mr. Stephan Preston, representante del general Legitime. Hippolyte tendrá, pues, que saldar una cuenta considerable con esos armadores germano-americanos los cuales, mientras esperan el pago en especies, se harán otorgar varios privilegios que ayudarán al comercio alemán á apoderarse del mercado de Haití con gran detrimento del comercio francés hasta hace poco preponderante en esa república negra.

Pero no es esto todo. Hippolyte habrá de pagar los servicios recibidos del gobierno de Wáshington cumpliendo la promesa que tiene hecha de ceder á los Estados Unidos el muelle de San Nicolás. ¿Quién saldrá con ello más perjudicado? España, puesto que el muelle de San Nicolás, situado en un punto elevado de la costa Noroeste de Haití, viene á ser el Gibraltar de las Antillas porque domina el estrecho de Windward al otro lado del cual está Cuba, como la Florida domina el paso que separa á los Estados Unidos de la Habana. La colonia española se verá, pues, amenazada al Este y al Oeste por los cañones de la república americana que tantas veces ha intentado apoderarse de ella para cumplir lo que llama su *destino manifiesto*, es decir, la absorción de todas las Antillas mientras espera algo mejor.



EN VÍSPERA DE ELECCIONES

Indudablemente se trata sólo de un depósito de carbón que se establecería en el muelle de San Nicolás para el abastecimiento de los buques de guerra americanos que estuviesen de crucero por aquellos sitios, pero ¿no se necesitan, por ventura, algunas fortificaciones convenientemente artilladas para proteger, en caso necesario, ese depósito? ¿No ha sido suficiente el establecimiento de un depósito de carbón en Pago-Pago, en las islas de Samoa, para motivar el protectorado americano que Inglaterra y Alemania se han visto obligadas á reconocer?

Quizás dentro de poco tiempo oiremos hablar de concesiones á los capitalistas neo-yorkinos de minas, bosques y otras riquezas de la isla de la Tortuga, á una legua al Norte de Haití, que ya en 1865 había sido objeto de un arreglo análogo que, sin embargo, fracasó á pesar del largo crucero que una fragata americana hizo por esos lugares.

—

EL GUANO DE PESCADO.—Nadie ignora que desde hace mucho tiempo se utilizan en las pesquerías de Francia y más aún en las de Noruega, los despojos de pescado para convertirlos en un abono que empieza á ser muy estimado. Desde hace muchos años, la extraordinaria abundancia de arenques en las costas de Suecia y de Noruega ha movido á ciertas compañías, organizadas para la pesca en esos sitios, á transformar los arenques en abonos, á consecuencia del ínfimo precio á que ha llegado la primera materia. Los resultados obtenidos son excelentes y la influencia de estos abonos en las cosechas, de todo punto satisfactoria. También es muy apreciado el guano de bacalao que con una dosis de 8 á 9 por ciento de ázoe, de 12 á 13 por ciento de ácido fosfórico y de 1 á 2 por ciento de potasa, constituye un abono completo que se vende más barato que los guanos del Perú y cuya acción es tan eficaz como la de éste, sobre todo en las tierras calcáreas y arenosas. El ázoe orgánico procedente de materias animales es, como nadie ignora, mucho más asimilable que el ázoe de las materias vegetales, los orujos por ejemplo, y sin embargo, por una extraña anomalía, éstos son mucho más caros que los abonos resultantes de pescados como el polvo de bacalao, polvo de arenque, etc.



—

EL CANAL DEL ADRIÁTICO AL MEDITERRÁNEO.—Este canal, destinado á unir el Adriático con el Mediterráneo, ha sido proyectado por el ingeniero italiano Víctor Bocca: tendrá unos 200 kilómetros de longitud, 262 pies ingleses de anchura y 40 pies de profundidad; arrancará de un punto de la costa Oeste de Italia, cerca de Montalto-di-Castro, en la provincia romana, y terminará en Fano, al Sud de Pésaro, en el Adriático. En cada extremo del canal habrá un puerto de unos 12 acres de superficie. Los materiales destinados á la construcción de este canal, por el cual podrán navegar los mayores acorazados á una velocidad de 10 á 12 nudos, se encuentran en abundancia en los mismos lugares que ha de atravesar.

La construcción implicaría el drenaje de todo el país pantanoso por donde pasaría, gracias á lo cual se harían cultivables 657.000.000 de metros cuadrados. Este trabajo dará ocupación á 200.000 obreros y vendrá á costar unos 600.000.000 de pesetas.

(De la *Gaceta Geográfica*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN